

Cardenal Dr. D. Isidro Gomá y Tomás

Sermón de la Montaña: Bienaventuranzas y Maldiciones

Explicación. — Tiene el Sermón de la Montaña un sobrio preludio en ambos Evangelios que lo reproducen. Jesús ha elegido a sus Apóstoles, que serán las columnas sobre que se asiente su futura Iglesia y los depositarios de su poderes en el orden de la doctrina, de la gracia, del régimen del reino de Dios que predica. Quedan con ello excluidos los jerarcas del pueblo judío y fundada una nueva jerarquía. Ahora va a dar las grandes líneas de la vida interior, específica, de este reino y a indicar la índole espiritual de quienes quieran vivir según sus leyes. Aprovecha para ello la presencia de las muchedumbres que le siguen, después de la elección del apostolado: *Y viendo Jesús las gentes, subió a un monte*, no para huir de ellas, sino seguramente para llevar consigo a sus discípulos aparte y darles documentos particulares de doctrina. Sentado Jesús, como solían hacerlo los doctores, se llegaron a él sus discípulos: *Y, después de haberse sentado, se llegaron a él sus discípulos*. El momento es solemne; no sin énfasis dice Mt. que abrió su boca al empezar a enseñarles: *Y, abriendo su boca, les enseñaba*. Abre su propia boca el que solía abrir la de los profetas, en un momento trascendental para el mundo de los espíritus, cuando caerán de los divinos labios doctrinas extraordinarias, nunca oídas. Y esta circunlocución parece referirse no sólo a lo que enseñó a solas a sus discípulos, sino a todo el discurso que tuvo ante las muchedumbres.

Aleccionados los discípulos de selección, deja Jesús la parte alta de la montaña y baja a un rellano, lugar prominente aún, como convenía a las sublimes enseñanzas que va a dar, pero capaz de contener la gran muchedumbre que en él se ha congregado: *Y, bajando con ellos, se paró en un llano, donde estaba un grupo numeroso de sus discípulos*, pues eran ya muchos los que se habían puesto bajo su magisterio (Lc. 10, 1). Junto con los discípulos estaba multitud de gentes que allí habían confluído de todas partes, ávidas de escuchar su palabra y esperanzados de obtener del taumaturgo la curación de sus dolencias: *Y gran muchedumbre de pueblo de toda la Judea, y de Jerusalén, y de la costa de Tiro y de Sidón, que habían venido a oírle y para ser curados de enfermedades*. Con los pobres enfermos había también endemoniados: *También los poseídos de espíritus inmundos*. Apretujábase la multitud para llegar hasta él, porque al simple contacto del Señor huían los males físicos: *Toda la gente quería tocarle, porque de él salía virtud*, porque la tenía propia, comunicada, y para demostrarnos que su humanidad era el instrumento conjunto de su divinidad para obrar tales prodigios: *Y sanaba a todos*.

Remediados los males del cuerpo, pasa Jesús a aleccionar los espíritus. Empieza para ello levantando los ojos a sus discípulos: es señal de amor de predilección y una forma de comunicarse más directamente con su alma: *Entonces, levantando los ojos hacia sus discípulos*. Y empezando a hablar,

decía, explicando la doctrina de las Bienaventuranzas:

LAS BIENAVENTURANZAS (3-12). —Forman como el exordio del sermón del monte, señalan las condiciones morales necesarias a los ciudadanos del reino de los cielos, e invierten de un golpe la idea de la vida feliz, tal como la concebía el mundo pagano, y hasta los judíos en su ideología gloriosa del reino mesiánico. A cada bienaventuranza va aneja una promesa que consiste en el reino de los cielos, que es el reino mesiánico, concretado en distintas formas.

Bienaventurados los pobres de espíritu: porque de ellos es el reino de los cielos. Se trata aquí de la pobreza en el sentido usual de carencia de riquezas. Pobres de espíritu son los que tienen el corazón despegado de los bienes de fortuna; los que han dejado las riquezas siguiendo el consejo de Jesús (Mt. 19, 21); los que soportan con paciencia su estado de pobreza; los que, siendo ricos de hecho, no ponen su felicidad en los tesoros. Pobres de espíritu, no como Sócrates el filósofo y otros que de su natural odiaron las riquezas, sino con el espíritu cristiano de renunciamiento, producido por virtud sobrenatural del Espíritu Santo. Con estas primeras palabras destruye Jesús el concepto judío de un reino fundado sobre la prepotencia terrenal. De estos pobres es ya el reino de los cielos, es decir, el reino del Mesías, en este mundo y en el otro, porque paga gloriosa de esta pobreza es la posesión de Dios, suma riqueza que el hombre puede apetecer.

Bienaventurados los mansos: porque ellos poseerán la tierra. En los manuscritos griegos y en la mayor parte de las versiones antiguas esta bienaventuranza es la tercera. Son mansos los que, dulcemente resignados, aceptan de Dios todas las adversidades que su Providencia les depara, y perdonan las injurias de los prójimos, venciendo con la paciencia sus violencias. Los tales poseerán la tierra, promesa derivada del salmo 36, 11, donde se significa que los mansos gozarán la felicidad preparada por Dios para sus elegidos. Significaba “la tierra” entre los judíos “su tierra”, es decir, la Palestina, la cual a su vez era tipo del reino mesiánico. Poseer la tierra equivale en boca de Jesús a tener parte en el reino de los cielos.

Bienaventurados los que lloran: porque ellos serán consolados. La tristeza es una afección del alma por la privación de algo que place o por la forzosa posesión de lo que desagrade. Produce, si no las lágrimas de los ojos, esta aflicción espiritual de la que son a veces expresión las lágrimas. Lloran según esta bienaventuranza los apenados por los pecados propios y ajenos; los que sufren tentaciones y peligros espirituales; los que sienten añoranza del cielo; los que en santa paciencia sufren las calamidades que Dios les envía o que consiente. Estos serán consolados, porque ésta debía ser función del Mesías (Is. 57, 18; 61, 2; Ez. 9, 4; Apoc. 7, 17, etc.). Y lo serán en este mundo y en el otro; por los goces espirituales que Dios les procurará en la tierra, y por los inefables de la gloria.

Bienaventurados los que han hambre y sed de justicia: porque ellos serán hartos. La justicia es aquí la verdadera regla de vivir, que es la conformidad de nuestra voluntad con la de Dios, es decir, la santidad. Hambre y sed

significan ardientes deseos. Tener hambre y sed de justicia es desear ardientemente vivir según la ley de Dios. Estos serán hartos, porque por Jesús son destruidos el reino del pecado y de la muerte; se nos da la doctrina y la gracia para bien vivir en este mundo; y sobre todo, la semejanza completa con Dios en el cielo, por la absorción de nuestra vida en la de Dios.

Bienaventurados los misericordiosos: porque ellos alcanzarán misericordia. Es misericordioso el que sufre las ajenas miserias en el propio corazón, las del cuerpo y las del espíritu. El Mesías, en las antiguas profecías, se predice misericordioso (Ps. 71, 12-14; Is. 11, 4; 42, 3; 50, 4; Ez. 34, 16). Los que le imiten socorriendo en la forma que puedan la miseria ajena, lograrán la misericordia de la participación en el reino mesiánico, que no se da a la sangre, ni a la raza, aunque sea la de Abraham, sino a aquel de quien Dios tenga misericordia.

Bienaventurados los de limpio corazón: porque ellos verán a Dios. Los fariseos buscaban sólo la limpieza externa y legal, sin cuidar la de corazón, que consiste, no sólo en la castidad, sino en la limpieza de pecado mortal, pues la castidad podría darse en hombre manchado de varios crímenes. Jesús reclama la incontaminación del corazón, que viene a ser considerado como el centro de la vida moral del hombre. La visión de Dios es el premio de los limpios de pecado; esta vida, por la mayor facilidad de conocerle, porque los pecados son como las cataratas de los ojos espirituales; en la otra, porque lograrán la visión de Dios "cara a cara".

Bienaventurados los pacíficos: porque hijos de Dios serán llamados. Son pacíficos los que buscan la paz, los que la dan a otros, los que pacifican a los prójimos. Vienen comprendidos en esta bienaventuranza todos aquellos que no sólo buscan la paz de su corazón, buscando la armonía con Dios y con los hombres, sino los que trabajan, en todas formas, por la implantación del reino de la paz, de los hombres con Dios, de los hombres entre sí, de las familias, de los pueblos, con la oración, con el consejo, con la actividad abnegada. Estos son hijos de Dios, porque se asemejarán a Dios, que es el Dios de la paz (2 Cor. 13, 11).

Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia: porque de ellos es el reino de los cielos. La justicia es el bien moral, como se ha dicho. Son bienaventurados, no todos los que sufren persecución, sino los que la sufren por causa de la justicia moral: porque practican la virtud o porque son propagadores de la misma, sufren enemistades, odios, calumnias, daños de todo orden. De éstos es el reino de los cielos: en este mundo, porque Dios les colmará de sus bienes, como compensación de los males que por la justicia sufran; en el otro, porque les dará la posesión, a perpetuidad, del mismo reino de Dios, peso ingente de gloria que sobrepujará inmensamente los padecimientos de este mundo.

Y como quiera que esta bienaventuranza es como la culminación de todas, se la inculca Jesús de una manera especial a sus discípulos, y dirigiéndose a ellos, como si presagiara las tempestades de odio que deberán soportar, les dice: *Bienaventurados sois cuando os maldijeren, y persiguieren, y dijeren*

todo mal contra vosotros, mintiendo, porque si sois mis discípulos nada habrá en vosotros que reprender ni maldecir, por mi causa, es decir, porque seguís la justicia que es como una misma cosa con mi persona y mi nombre.

No importa que sean hombres como vosotros los que os odien, que os arrojen de su sociedad, que os llenen de improperios, que os destierren y os consideren como un mal sustantivo en medio de ellos; si sufrís todo esto porque hacéis vuestra la causa del Hijo de Dios, sois bienaventurado: *Bienaventurados seréis cuando los hombres os aborrecieren, y os excomulgaren, y os ultrajaren, y proscribieren vuestro nombre, como malo, por el hijo del hombre.* El día que esto ocurra *alegráos, y, como las grandes alegrías se manifiestan con signos exteriores, saltad de gozo en aquel día;* porque todos los males que por mi causa sufran mis discípulos, serán espléndidamente premiados en el cielo: *Porque vuestro galardón muy grande es en los cielos.*

Aún añade otro motivo de gozo: por ello serán semejantes a los profetas, grandes hombres, dé todos estimados y honrados, y qué no obstante sufrieron terribles persecuciones por el nombre de Dios que les enviaba: *Pues así persiguieron también a los profetas, que fueron antes que vosotros.*

MALDICIONES (LC. 6, 24-26). — De las ocho bienaventuranzas, el tercer Evangelista no enumera más que cuatro, las que a los hombres podían parecer más paradójicas, a saber: la de los pobres, de los que tienen hambre, de los que lloran y de los que sufren persecución. Como contraposición a estas cuatro felicidades, añade Lc. cuatro maldiciones.

Contra los ricos, no por sus riquezas, sino por el mal uso que de ellas hacen, y por los males que con ellas originan: *Mas, ¡ay de vosotros, ricos!, porque tenéis ya vuestro consuelo.*

Contra los hartos, por el goce de toda suerte de bienes y placeres, en lo que se designa la carencia absoluta de la justicia moral: *¡Ay de vosotros, los que estáis hartos!, porque tendréis hambre,* por la privación de los bienes espirituales y celestes.

Contra los que ríen a causa de su prosperidad mundana: *¡Ay; de vosotros, los que ahora reís!, porque gemiréis y lloraréis,* por haber sido excluidos de la dicha de los cielos.

Contra aquellos a quienes aplauden los hombres: *¡Ay de vosotros cuando os bendijeren los hombres!, porque así hacían a los falsos profetas los padres de ellos;* les alababan porque no les decían la verdad.

Lecciones morales. — A) v. 1. —Y viendo *Jesús las gentes subió a un monte...*—Admiremos la serenidad y fortaleza de Jesús, manifestadas en ocasión del Sermón de la Montaña. Cuando los fariseos han decretado su muerte, y han repudiado su doctrina; y han negado la fuerza de sus milagros, él prescinde de ellos a su vez, instituye y adoctrina a los nuevos

jerarcas, los Apóstoles, y subiendo a un monte como a altísima cátedra, aprovecha la oportunidad de la gran muchedumbre para exponer las líneas maestras de su doctrina. Así, en los momentos de persecución, es cuando pone las bases de su futuro reino. Para enseñarnos que las dificultades de la vida no deben turbarnos en la realización de los designios que tenga Dios sobre nosotros. La constancia, de ánimo, la convicción profunda, el auxilio de Dios que por la oración nos viene, deben ser los que nos lleven al cumplimiento de nuestros graves deberes, aun en las horas más graves.

B) v. 3. — *Bienaventurados los pobres... los mansos...*—Contraste que nos ofrecen en las bienaventuranzas las disposiciones morales que se reclaman de nuestro espíritu y las promesas correspondientes. Por una parte, pobreza, mansedumbre, aflicción, hambre y sed de justicia, espíritu de paz, persecuciones, etc.; por otra, la posesión del reino de Dios, el gozo, la visión de Dios, la filiación de Dios, etc. Es la esencia del Cristianismo: el renunciamiento propio para la posesión de Dios: "El que no renuncia a todo lo que posee, dice Jesús, no puede ser mi discípulo" (Lc. 14, 33): Estas bienaventuranzas son el preludio de la Cruz: con ellas proclama Jesús, en forma solemne, la constitución de su reino; con la Cruz da cima a su conquista. Cuando haya resucitado, dirá: "¿No convenía que el Cristo padeciera para así entrar en su gloria?" (Lc. 24, 26). La gloria es la bienaventuranza lograda, como estas bienaventuranzas señalan el camino de su conquista.

C) v. 11— *Bienaventurados sois cuando os maldijeren...*— Las bienaventuranzas no son solamente un ideal de vida cristiana; son un programa que debe cumplirse. Por ello, después que Jesús ha enseñado estas lecciones sublimes de una manera general, se dirige personalmente a sus discípulos, y les dice: "Bienaventurados cuando los hombres os maldijeren..." Como si dijera: "Vosotros debéis cumplir lo que acabo de deciros: ello os acarreará maldiciones y persecuciones de los hombres; no temáis; son la consecuencia natural de seguirme a mí. A pesar de ello, no retrocedáis, antes alegraos; porque a las privaciones que importan mis bienaventuranzas y a las persecuciones que os acarreen, seguirá un abundantísimo premio en el cielo."

D) v. 24, Lc. — *Mas, ¡ay de vosotros...!* — A las bienaventuranzas siguen las maldiciones de Jesús. Es que en la vida no hay más que dos caminos, como no hay más que dos términos. Un camino que lleva a la vida, que es la dicha: y otro que lleva a la muerte, que es la condenación. Por esto los que al fin de la vida no sean bienaventurados, serán malditos de Dios.

(Dr. D. Isidro Gomá y Tomás, *El Evangelio Explicado*, Vol. I, Ed. Acervo, 6ª ed., Barcelona, 1966, p. 505-511)